

Sabiduría divina

Los pobres en los libros sapienciales
de la Biblia

José I. González Faus



SABIDURÍA DIVINA

LOS POBRES EN LOS LIBROS SAPIENCIALES DE LA BIBLIA

José Ignacio González Faus

Prólogo: el beso de lo distinto	3
Dios y los pobres	5
Valores humanos	9
Psicología del rico	13
Injusticia y corrupción	17
Peligros de la ambición	19
Funcionamientos de la sociedad	21
Elogio de la caridad	25
Conclusiones: humanidad auténtica	28
Apéndice: Sabiduría humana	31
Notas	35
Preguntas para la reflexión	36

José Ignacio González Faus. Jesuita. Miembro del Área Teológica de Cristianisme i Justícia. Ha cultivado sobre todo la cristología: *La humanidad nueva* (10ª ed.), *Acceso a Jesús* (10ª ed.) *El rostro humano de Dios* (3ª ed. 2015), *Otro mundo es posible... desde Jesús* (2ª ed. 2020). Autor también de una antropología teológica (*Proyecto de hermano: visión creyente del hombre*. 3ª ed.) que ahora irá reeditándose por partes y de la que ha aparecido *La inhumanidad* (2021) sobre el pecado. Otras obras de diálogo con la cultura actual: *Reconstruir las grandes palabras* (2018). *Después de Dios*. (2019), *Carta a los humanos (paráfrasis de la carta de Pablo a los romanos)*. Cristianisme i Justícia reeditó en 2018 su obra *Vicarios de Cristo: los pobres*.

Edita Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38, e-mail: info@fespinal.com, www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. Depósito Legal: B 6214-2022
ISBN: 978-84-9730-509-9, ISSN: 0214-6509, ISSN (virtual): 2014-6574

Dibujo de la portada: Ignasi Flores. Edición: Santi Torres
Corrección del texto: Cristina Illamola. Maquetación: Pilar Rubio Tugas
Impreso en papel y cartulina ecológicos. Abril 2022

PRÓLOGO: EL BESO DE LO DISTINTO

«La Sabiduría es un espíritu amigo de los hombres... Es reflejo de la Luz eterna, espejo nítido de la actividad de Dios e imagen de Su Bondad» (Libro de la Sabiduría 1,6; 7,26).

Una de las enseñanzas más globales y más admirables del Antiguo Testamento es aquella del Salmo 85,11: «La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan».

Esa frase del salmo anuncia el abrazo y la armonía entre dos dimensiones que nosotros experimentamos como contrapuestas y que, generalizando, podemos describir como *exterioridad e interioridad*: la justicia (*sedeq*) designa una actividad exterior, una lucha en favor de los demás: por eso, no se la separa nunca del derecho (*mispat*). En cambio, la paz (*shalom*) describe una actitud interior de bienestar pleno. Además, siguiendo el paralelismo típico de la poesía hebrea, en la frase citada encontramos también otro encuentro similar (*hesed* y *emeth*), donde la misericordia (*hesed*) designa otra vez una actitud hacia los demás, mientras que el segundo término debe traducirse aquí como *veracidad o autenticidad*, que califican una actitud interior:¹ la misericordia y la fidelidad se encuentran.

Aunque el prólogo del cuarto evangelio, en su polémica con el Primer Testamento, considere que esa misericordia auténtica solo se ha dado con Jesucristo (Jn 1,17), ello no obsta para que ese binomio haya sido atisbado y afirmado en la oración del pueblo judío. Por ello, no extrañará que la «Palabra de Dios» (la Biblia) conste de escritos proféticos y sapienciales.

Los primeros, como es sabido, apuntan hacia la construcción del *pueblo* como verdadero pueblo de Dios y, por eso, como «luz para las gentes». Los segundos apuntan a la plena realización del individuo, desde esa concepción tan bíblica de la sabiduría, no como mera acumulación de saberes sino como *ciencia de la construcción de uno mismo*, que es la más preciada y valiosa de todas las cualidades humanas. Esquematizando un poco podemos decir que los proféticos son «altruistas» y los sapienciales, «egoístas» (en el buen sentido de la palabra). Pero es mejor la frase citada en la entradilla de este cuaderno: no se trata de egoísmo y altruismo, sino de *humanidad*: «Un espíritu amigo de los hombres».

La gran noticia del mensaje bíblico es que esas dos dimensiones que nosotros solemos experimentar como contrapuestas, en realidad no lo son y, por tanto, están llamadas a encontrarse y abrazarse. Muchas veces lo que experimentas como una imposición exterior es, en el fondo, lo mejor para ti mismo. ¿Quién no ha escuchado ese lenguaje cariñoso de unos padres ante el niño rebelde: «Pero, hijo, ¡si es *por tu bien!*»? Aunque también, ¡cuánta confianza hay que tener a veces en el cariño paterno para creer que aquello a lo que el niño se resiste es, en realidad, lo mejor para él!

Intentemos generalizar y recordemos el drama de nuestra pasada guerra fría: aquella guerra entre un individualismo burgués y un socialismo totalitario; entre un egoísmo grupal que justificaba la injusticia desde la libertad y una solidaridad que solo conseguía implantar la justicia social desde el autoritarismo negador de la libertad individual. Aquel drama que no terminó en el abrazo sino en esa mentira de la unilateralidad en la que aún vivimos.

Este cuaderno busca aplicar la enseñanza bíblica a ese gran imperativo de nuestra hora histórica: esa defensa de los oprimidos y víctimas de la historia («los pobres») que solemos designar como justicia social. Ojalá aprendamos así que la justicia no es solo un imperativo o un moralismo de los profetas, sino también una enseñanza y un consejo de los sabios. Si hace unos cuatro años publicamos un cuaderno que contenía una pequeña antología de textos sociales de los profetas de Israel,² el presente cuaderno quiere ser el «beso» (entre justicia y paz) con aquel otro cuaderno.

La tarea es ahora más difícil, pues los libros sapienciales de la Biblia recurren mucho más al refrán breve e incisivo que a la exposición doctrinal. Y el refrán, por su misma brevedad, puede ser unilateral o incompleto,³ y mucho más difícil de integrar en un edificio doctrinal.

Pero irá bien recordar, en defensa de lo sapiencial, que el gran Bartolomé de Las Casas había sido un encomendero que escuchó el famoso sermón de Montesinos en La Española (en 1511) contra las tropelías de los conquistadores y por ello no se convirtió; incluso le fue negada la absolución una vez. Lo que cambió su vida fue una frase de los libros sapienciales que citaremos en el primer capítulo de la siguiente exposición. Y lo cambió convirtiéndolo en «profeta» (más que en sabio), porque eso era lo que requería aquella cruel situación. Y es que, si puede parecer que lo del profetismo es solo para unos pocos, en cambio la sabiduría es para todos. Como escribe la Pontificia Comisión Bíblica: «los Sabios no citan explícitamente los preceptos de la Torá, y no recomiendan el cumplimiento de las prescripciones rituales de Israel porque su mirada quiere ser universal»⁴. Así vamos a encontrarnos con que el tema de lo que llamaríamos justicia social no es asunto de unos pocos fanáticos sino de todos los seres humanos.

Para facilitar el comentario y ayudar a sistematizar una enseñanza, clasificaremos todos los textos sapienciales que aluden al tema de los pobres. Muchas veces, ya el mero título que doy a cada capítulo permite ver su orientación hacia el propio bien, pero, al tenerlos así clasificados, será más fácil extraer una síntesis doctrinal.

Para cerrar esta introducción, solo queda dar las abreviaturas con que cito los diversos libros bíblicos: Pr (Proverbios), BS (Ben Sira o Eclesiástico), Sb (Sabiduría), Q (Qohelet o Eclesiastés), Jb (Job) y Sal (Salmos).⁵ Hay textos que podrían estar en otro capítulo, o en varios a la vez, pero he preferido no repetirlos para no alargar demasiado este cuaderno. El lector ya sabe que todas las clasificaciones suelen ser solo artificiales y aproximadas.

Si «el respeto a Dios es el comienzo de la sabiduría» (Pr 1,7), será lógico que comencemos nuestro análisis mirando lo que son para Dios esos que tantas veces no son nada para nosotros.

El ser de Dios

Señor, tu fuerza es el principio de la justicia (Sb 12,16).

Justicia y derecho sostienen Tu trono: misericordia y lealtad te preceden (Sal 89,15).

Él ama la justicia y el derecho, del amor de Yahveh está llena la tierra (Sal 33,5).

Dios es un juez justo que no puede ser parcial, no favorece a nadie contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido, no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repiten su queja, mientras les corren las lágrimas por las mejillas y a las lágrimas se añade el gemido. Sus penas consiguen el favor divino y su grito llega hasta el cielo. La

reclamación del pobre atraviesa las nubes y no descansa hasta alcanzar a Dios (BS 35,15-21).

Dios no olvida jamás al pobre ni la esperanza del humilde perecerá (Sal 9,19).

Justicia y misericordia son las dos palabras que más nos acercan al ser de Dios. La intuición del Éxodo se hace presente aquí, más elaborada. Dios es «Misericordia Fiel» (cfr. Jn 1,17) que se extiende hasta la justicia plena, que no puede tolerar las injusticias y, por eso, escucha el clamor de los oprimidos, y trabaja en su defensa. La Biblia no revela «el Nombre» (la esencia o los atributos del Ser) de Dios, sino su relación con los seres humanos. Y eso se revela en su modo de actuar

El obrar de Dios

El Señor hace justicia a los oprimidos y da pan a los hambrientos. El Señor libera a los cautivos y abre los ojos al ciego. Endereza a los que se tambalean y ama a los justos. Atiende a los peregrinos, sustenta al huérfano y a la viuda y trastoca el camino de los malvados. El Señor reina eternamente (Sal 146,7-10).

Cuando Dios se pone en pie para juzgar: para salvar a los humildes de la tierra (Sal 76,10).

Por la opresión del humilde, por el gemido del pobre yo me levantaré y pondré a salvo a quien lo ansía (Sal 12,6).

El Señor hace justicia al afligido y defiende el derecho del pobre (Sal 140,13).

El rico y el pobre se encontrarán, a todos los hizo el Señor (Pr 22,2).

Dios revela sus secretos a los humildes (BS 3,20).

El Señor se puso a la derecha del pobre para salvar su vida de los jueces (Sal 109,31).

¿Quién como Tú que defiendes al pobre y al humilde del explotador? (Sal 35,10).

Una cantinela interminable: Dios obra siempre en favor del pobre y el oprimido, juzga salvando a los humildes. Por eso hay que alabarle y darle gracias.

Y de este aluvión de textos sobre el modo de ser divino, se sigue cuál ha de ser el culto que Dios pide a los seres humanos:

Practicar el derecho y la justicia, lo prefiere Dios a los sacrificios (Pr 21,3).

El que da limosna ofrece sacrificio de alabanza... (BS 35,4).

Sacrificios de posesiones injustas son impuros, ni son aceptados los dones de los inicuos [...]. Es sacrificar un hijo delante de su padre quitar a los pobres para ofrecer sacrificio (BS 34,18-20).

La verdadera religiosidad es la que ha llegado a comprender que los seres humanos no podemos dar ningún culto válido a Dios: solo se lo daremos mediante la conducta justa y solidaria entre nosotros. Nótese el paralelismo de estas frases con la del profeta Oseas (6,6) que Jesús retomará: «Quiero misericordia y no culto, conocimiento de Dios más que holocaustos».

Y desde ahí brota la crítica de Dios a tantas *justicias* humanas:

Dios juzga rodeado de ángeles: «¿hasta cuándo daréis sentencia injusta poniéndoos de parte del culpable? Proteged al desvalido y al huérfano, haced justicia al humilde y al necesitado, defended al pobre y al indigente sacándolos de la mano del culpable» [...]. Ellos inocentes e insensatos caminan a oscuras mientras vacilan los cimientos del orbe [...]. Levántate, oh Dios, y juzga la tierra porque Tú eres el dueño de todos los pueblos (Sal 82,2-5.8).

El conocimiento de Dios

Amad la justicia los que regís la tierra: pensad correctamente del Señor (Sb 1,1). Conocerte a Ti es justicia per-

fecta (Sb 15,3), porque «la justicia es inmortal» (Sb 1,15).

El paralelismo de la poesía hebrea revela la identidad entre amar la justicia y pensar bien de Dios. Si Dios se ha revelado como Justicia Perfecta, no puede haber verdadero conocimiento de Dios sin la práctica de la justicia. Otra vez la sabiduría coincide con la profecía, pues eso mismo había dicho el profeta Jeremías (22,16): «Practicar la justicia, ¿no equivale a conocerme?».

Desde ahí ya se percibe cómo debe comportarse el verdadero creyente.

La conducta del creyente

Quien explota al necesitado afrenta a su Hacedor, quien se apiada del pobre lo honra (Pr 14,31).

Quien niega el pan al pobre es homicida; porque el pan de la limosna es la vida del pobre, el que se lo niega es homicida; mata a su prójimo quien le quita el sustento, quien no paga el salario justo derrama sangre (BS 34,21-22).⁶

Quien desprecia a su prójimo peca; dichoso quien se apiada de los pobres (Pr 14,21).

Quien se apiada del pobre presta al Señor y Él le dará su recompensa (Pr 19,17).

Quien presta al prójimo hace obra de misericordia, quien le echa una mano guarda los mandamientos (BS 29,1).

No explotes al pobre porque es pobre, no atropelles al desgraciado en el tribu-

nal porque el Señor defenderá su causa y despojará de la vida a los que lo despojan (Pr 22,22.23).

Dicho en positivo o en negativo, en enunciados o en imperativos, la actuación humana para con el pobre toca a Dios: cuando ayuda y hace justicia al pobre, cumple los mandamientos. Cuando lo explota o lo maltrata, ofende a Dios.

La crisis de la fe

En esta relación con Dios la fe desempeña un papel decisivo: si el hombre puede tener experiencia de esa relación en algunos momentos, hay otras horas en la vida en que Dios parece ocultarse y la injusticia se impone contra Él. También el profeta Jeremías preguntaba a Dios por qué los impíos parecen triunfar siempre. Y el salterio está plagado de ese tipo de quejas, porque parece que Dios ha abandonado al justo. Una experiencia que no se le ahorró ni al mismo Jesús y que llama a saltar desde esa sensación de abandono hacia la confianza en el Padre.

Si una calamidad siembra muerte repentina... Dios se burla de la desgracia del inocente; deja la tierra en poder de los malvados y venda los ojos a sus gobernantes, ¿Quién si no, lo hace? (Jb 9,22-24).

¿Por qué siguen vivos los malvados y al envejecer se hacen más ricos?... Sus casas en paz y sin temor; la vara de Dios no los azota (Jb 21,7.9).

Ellos que decían a Dios: «apártate de nosotros que no nos interesan tus cami-

nos. ¿Quién es el Todopoderoso para que le sirvamos? ¿Qué sacamos con rezarle?» (Jb 21,14-15).

Despierta, Señor, ¿por qué duermes? [...] ¿Por qué nos escondes Tu Rostro y olvidas nuestra desgracia y opresión? (Sal 44,24-25).

No te exasperes por los malvados, no envidies a los que obran el mal (Sal 37,1). Por poco doy un mal paso, viendo prosperar a los malvados [...], siempre seguros acumulan riquezas (Sal 73,2.3.12).

De la desesperación de Job a la confianza del salmista, hay un camino que podemos describir así: Dios es la bondad y la justicia, pero este mundo es empecatadamente injusto. Y lo que la Biblia dice sobre Dios no es que Él solo vaya a cambiar este mundo, sino

que, si queremos encontrarnos con Él, ya sabemos dónde hemos de buscarle: en la lucha por un mundo mejor, más digno de Dios y más cercano a esa posibilidad, intrínseca también a nuestro mundo, y que Jesús llamará *reinado de Dios*. Porque esa injusticia del mundo será siempre una tentación para la fe del creyente.⁷

Pero, por la encarnación de Dios en Cristo, sabemos también que todo aquello que es cristiano es además profundamente humano. Por eso, cuanto acabamos de decir de manera creyente en este capítulo, es también de algún modo accesible de una forma que hoy llamaríamos secular o laica. Si todo cuanto hemos dicho son valores cristianos, deberán aparecer también como valores humanos. Este será el paso siguiente en nuestra exposición de los textos bíblicos.

Se puede decir que para la antropología sapiencial el gran valor humano es la sobriedad. Esa moderación nos hace crecer como hombres, por dos razones: ayuda a valorar más el ser que el presumir y nos hace ver la inhumanidad del tener. San Benito dice en el célebre capítulo 2º de su Regla que la discreción es la madre de todas las virtudes. Precisamente por eso, solo el hombre moderado será capaz de legar algo. Veamos ejemplos de esos puntos.

La moderación

La palabra debe entenderse en su sentido más originario: adaptación al *modo* de ser de la realidad; pero no el sentido hipócrita de quienes llaman «moderación salarial» a la injusticia salarial, como si la injusticia fuera una exigencia de la realidad misma y no de la forma con que la hemos estructurado. Y llaman también «austeridad» a la miseria, cuando quieren imponerla a los demás.

El que odia el lucro prolongará sus años (Pr 28,16).

No me des riqueza ni pobreza, concédeme mi ración de pan, no sea que me sacie y reniegue de ti diciendo «¿Quién

es el Señor?». No sea que, necesitado, robe y abuse del nombre de mi Dios (Pr 30,8.9).

La buena salud la prefiero al oro y el dinero a las perlas, no hay riqueza como un cuerpo robusto ni bienes como un corazón contento. ¿De qué sirve una ofrenda al ídolo incapaz de comer y oler? Pues lo mismo el que posee riquezas y no puede disfrutar de su fortuna (BS 30,15-16.19).

La casa del justo abunda en riquezas, en las rentas del malo no falta inquietud (Pr 15,6).

Son esenciales para la vida agua, pan casa y un vestido para cubrir la des-

nudez. Más vale vida pobre al amparo del propio techo que banquete en casa ajena; conténtate con lo que tienes... y no oirás las burlas de la vecindad (BS 29,21-23).

Dulce es el sueño del trabajador coma mucho o coma poco; mientras que el que se harta de riquezas no logra conciliar el sueño. Hay un mal morbosos que he observado bajo el sol: riquezas guardadas que perjudican al dueño (Q 5,11-12).

No sé si por olvido propio, o por ficción literaria, o porque era así en su época, el último texto parece desconocer que hay trabajadores que tampoco pueden dormir porque pasan hambre o piensan qué hacer para que no la pasen sus hijos. Pero la insistencia de los otros textos es abrumadora, y vale la pena resaltar cómo, de esta visión de la vida, surge una colección de frases valorativas muy típicas de la sabiduría (del tipo «más vale esto, que aquello otro»).

Así pues, la sabiduría no habla en el tono del moralista (es o no es pecado), sino en el tono del valor humano: porque la verdadera inmoralidad, el verdadero pecado es siempre un daño a la calidad humana. Por eso, el libro más pesimista de la Biblia se atreve a escribir: «La sabiduría serena el rostro del hombre cambiándole la dureza del semblante» (Q 8,1).

Veamos algunas de estas frases valorativas o comparativas de valores:

Más vale poco con justicia, que muchas ganancias injustas (Pr 16,8).

Más vale poco con temor de Dios, que grandes tesoros con sobresalto. Más

vale ración de verdura con amor, que buey cebado con rencor (Pr 15,16-17).

Más vale ser modesto y tener un criado, que presumir de rico y no tener pan (Pr 12,9).

Más vale pobre de conducta íntegra, que embustero: pues éste es necio (Pr 19,1).

Más vale pobre, que traidor (Pr 19,22).

Más vale pobre que procede con integridad, que rico pervertido de conducta doblada (Pr 28,6).

Más vale pobre sano y robusto, que rico lleno de achaques (BS 30,14).

Más vale un puñado con tranquilidad, que dos con fatiga (Q 4,6).

Mejor ser honrado con poco, que ser malvado en la opulencia (Sal 37,16).

Mejor es comprar sabiduría que oro, más vale comprar prudencia que plata (Pr 16,16).

Como único comentario, permítaseme añadir una parodia irónica para hoy: más vale leer los libros sapienciales de la Biblia, que a Hayek o a Milton Friedman...

Esa moderación nos hace crecer en humanidad

El oro se acrisola en el fuego y los elegidos en el horno de la pobreza (BS 2,5).

Para obtener una educación acertada: justicia, derecho y rectitud (Pr 1,3).

El hombre mezquino no merece riquezas, el hombre tacaño no se merece el oro. (BS 14,3).

Cuando estés harto acuérdate del hambre y cuando seas rico de la pobreza e indigencia [...]. No le tomes gusto al lujo porque sus gastos te harán pobre (18,25.32)

El justo atiende a la causa del desvalido, el malvado no comprende nada (Pr 29,7).

Hay quien regala y aumenta su haber, quien retiene lo que debe y se empobrece (Pr 11,24).

Gánate la confianza del prójimo mientras es pobre y gozaras con él de su prosperidad (BS 22,23).

Aunque eso requiera un aprendizaje lento y difícil (los textos hablan de acrisolar, educar...), esa calidad humana nos hace valorar más el ser que la ostentación, el presumir o el tener. La Biblia no escatima aquí ironías, algunas de una agudeza sorprendente.

Nubes y viento sin caer gota es quien presume de regalos sin valor (Pr 25,14).

Quien oprime al pobre lo enriquece, quien da al rico se envilece (Pr 22,16).

Pobre que explota a los necesitados es como lluvia torrencial que no da pan (Pr 28,3).

El avaro se apura por enriquecerse y no sabe que le llegará la miseria (Pr 28,22).

Todo es desear y desear, mientras que el honrado da sin reservarse (Pr 1,26).

No confíes en tus riquezas ni digas: me basto a mí mismo. No confíes en tus fuerzas para seguir tus caprichos... No confíes en riquezas injustas que no te servirán el día de la ira (BS 5,1.9).

Hijo mío no multipliques tus ocupaciones: el que ansía enriquecerse no quedará impune (BS 11,10).

Cuando un rey juzga lealmente a los desvalidos su trono está firme por siempre (Pr 29.14).

Pobre sensato lleva alta la cabeza y se sentará entre los nobles [...]. La abeja es la menor entre los que vuelan, pero su cosecha es la más escogida (BS 11.1.3).

Humanidad de lo humilde

La imagen de la abeja es tan gráfica que puede servir como resumen de este apartado. En cualquier caso, esa moderación es tan seria que debe afectar no solo a la vida personal, sino incluso al trabajo por la justicia: los voluntarismos frenéticos no hacen bien porque:

El hombre justo debe ser humano (Sb 12,19), [mientras que] el que hace justicia con la violencia es como un eunuco que quiere violar a una joven (BS 20,4).

Pero es así como se vuelve verdaderamente fecunda la vida del hombre. Por eso el sabio confiesa que:

Camino por la vía de la justicia y sigo las sendas del derecho para legar riquezas a mis amigos (Pr 8,20.21).

Desde esta visión de lo humano, se comprende la crítica sapiencial de la inhumanidad del rico que casi supera en dureza al lenguaje de los Profetas. No se lean las

frases que ahora seguirán como ataque personal a nadie, pero sí como alusión general: lo que describen es una pasta humana de la que todos participamos.

Los rasgos que ahora se pintan no están todos en cada uno de los ricos, pero sí hay algunos en todos ellos. Caben en estos cuatro capítulos dureza y crueldad, ostentación y mentira, insatisfacción y ansiedad, y, al menos en algunos casos, pereza y comodidad. Veámoslos

Dureza y crueldad

Gente con navajas por dientes y cuchillos por mandíbulas, para extirpar de la tierra a los hombres y del suelo a los pobres. La sanguijuela tiene dos hijas: que solo saben decir: «Dame, dame» (Pr 30,14-15).

No metas a cualquiera en tu casa, que son muchos los lazos del taimado. Perdiz cautiva en su jaula, tal es el corazón del orgulloso, como el espía acecha tu caída (BS 11,29-30).

El pobre habla suplicando, el rico responde duramente (Pr 18,23).

El rico trabaja por amasar una fortuna y descansa acumulando lujos; el pobre trabaja y le faltan las fuerzas, y si descansa pasa necesidad (BS 31,3-4).

El rico ofende y encima se ufana, el pobre es ofendido y encima pide perdón. Si le eres útil se servirá de ti, si te derrengas renuncia a ti; si tienes algo te dirá buenas palabras pero te explotará sin que le duela. Si te necesita te tratará bien y con sonrisas amables te infundirá confianza; te dirá amablemente ¿qué necesitas? Y con sus manjares te avergonzará, mientras se aprovecha de ti, te engaña, a la segunda o a la tercera te amenazará; más tarde, al verte, te evitará y meneará la cabeza riéndose de ti (BS 13,3-7).

Los malvados me asaltan [...], han cerrado sus entrañas y hablan con boca arrogante (Sal 17,9.10).

Los malvados merodean para chupar como sanguijuelas sangre humana (Sal 12,9).

Consideró la vida como un juego, la existencia como una feria de negocios. Hay que sacar partido —decía— de lo que sea, hasta del mal (Sb 15,12).

Sus ojos espían al pobre, acecha en su escondrijo como león en su guarida; acecha al desgraciado para robarle arrastrándolo a sus redes (Sal 10,9).

Hablan de paz con el prójimo pero llevan la maldad en el corazón (Sal 28,3).

Concibió el crimen, está preñado de maldad y da a luz el engaño (Sal 7,15).

Además de la fuerza y la expresividad de la metáfora en las primeras frases, vale la pena destacar, en las últimas frases del salmista, esa conjunción entre maldad y mentira, tan típica de todo el cuarto evangelio (cfr. Jn 8,44). Finalmente, nótese qué gran diferencia hay entre esos juicios bíblicos y el típico veredicto de la religión del mercado: «Los pobres lo son por su culpa». La fe en el Dios verdadero no piensa lo mismo, porque conoce bien la vida del pobre:

Es vida dura ir de casa en casa [pues] donde eres forastero no abrirás la boca, recibirás abochornado hospedaje y bebida y encima tendrás que oír frases hirientes: «anda forastero, prepara la mesa, dame de comer lo que tengas; vete forastero que viene gente importante, llega mi hermano a hospedarse y necesito la casa». Duro es esto para el hombre sensato: injurias de casero, burlas del prestamista (BS 29,24-28).

Y, precisamente por eso, brota de ahí esta dura conclusión:

¿Pueden llevarse bien la hiena y el perro? ¿Pueden llevarse bien el rico y el pobre? (BS 13,18).

Ostentación y mentira

El rico se cree muy sabio, pero el pobre e inteligente lo desenmascara (Pr 28.11).

No te sientes a comer con el avaro, ni ansíes sus manjares: son como un pelo en la garganta [amargura en el paladar]; te dice: come y bebe, pero no te aprecia; el bocado comido lo tendrás que vomitar (Pr 23,6-8).

El pobre es odioso aun a sus compañeros, el rico tiene muchos amigos. (Pr 14,20). Hay quien presume de rico y no tiene nada; quien pasa por pobre y tiene una fortuna (Pr 13,7).

Cuando muere el hombre malvado parece su esperanza pues perece la ilusión de las riquezas (Pr 11,7).

De este conjunto de vacuidad y apariencia es lógico que brote la insatisfacción: porque, a pesar de su inhumanidad, los ricos no dejan de ser seres humanos.

Insatisfacción y ansiedad

La codicia desmedida quita la vida a su dueño (Pr 1,19).

¿Qué hemos sacado presumiendo de ricos? Todo aquello pasó como una sombra, como un correo veloz [...]. Nos malgastamos en nuestra maldad (Sb 5,8-9.13).

Toda la fatiga del hombre es para la boca y el estómago no se llena (Q 6,7).

Uno se hace rico a base de privaciones y le toca esta recompensa: cuando dice «ahora puedo descansar, ahora comeré de mis bienes, pero no sabe cuánto pasará hasta que muera y lo deje a otro (BS 11,18.19).

El rico paga rescate por su vida, al pobre no le importan las amenazas (Pr 13,8).

El que es tacaño consigo ¿con quién será generoso? Ni él mismo disfruta de sus bienes; el tacaño consigo es el supremo tacaño: su tacañería se vuelve contra él. Si hace un favor es por descuido, al final delata su tacañería (BS 14,5-7).

El tacaño mira ansioso la comida y ofrece una mesa vacía. (BS 14,10).

El codicioso no se harta de dinero y el avaro no lo aprovecha: también eso es vanidad (Q 5,9).

He visto una desgracia que pesa sobre muchos hombres: Dios concedió a un hombre riquezas, bienes de honor y fortuna, sin que le falte nada de cuanto puede desear. Pero Dios no le concede disfrutarlas porque un extraño se las disfruta. Esto es vanidad y dolencia grave (Q 6,1.2).

Quien cierra los ojos al clamor del necesitado no será escuchado cuando grite (Pr 21,13).

Malgasto, vaciedad, sensación de vida perdida, rechazo social... Eso es lo que muchas veces puede cosechar el

rico a pesar de su ostentación artificial. Hemos de prescindir nosotros de ese lenguaje primitivo del último texto que habla de Dios como de una «causa segunda» equiparable a las de nuestro mundo: no es que sea Dios el que concede, a la vez, las riquezas y su no disfrute, pero sí que es esa una ley y una amenaza frecuente en nuestra vida.

Pereza y comodidad

El holgazán mete la mano en el plato y le cansa llevársela a la boca (Pr 26,15).

Al final, el rico solo suscita una ironía compasiva, de modo que, como conclusión a todas esas pinceladas, puede valer la conocida frase del salmista:

El hombre rico e inconsciente es como un animal que perece (Sal 49,21).

¿En qué se traduce luego esta psicología? Veamos un solo ejemplo: en el mundo existen hoy 70 millones de supermillonarios y 70 millones de emigrantes y desplazados. Los primeros tienen, según Oxfam, casi el mismo patrimonio que el resto del mundo. Los segundos encuentran más acogida en los países pobres que en los países ricos (y «subdesarrollados en humanidad», aunque ellos se denominen a sí mismos países desarrollados.).

De ahí brota la gran pregunta que debería interpelar a mucha gente: ¿exagera Jesús de Nazaret cuando afirma que es imposible vivir sirviendo a Dios y sirviendo al dinero, y que, por eso, es imposible que un rico se salve (a menos que Dios obre el milagro de desprenderle de su riqueza)? Y note-

mos que, en tiempos de Jesús, no existía esa criminal fuente de riqueza ni de crueldad que es el negocio de las armas, que empobrece económicamente a los países más pobres y arruina humanamente a los países ricos, y que es, además, el camino más rápido de destrucción del planeta. Pero, como decía

ingenuamente Francisco de Asís, si tenemos riquezas, necesitaremos armas para defenderlas.

¿No vale la pena meditar un poco sobre todo esto? Porque la Biblia nos suministra además una descripción de los procesos que llevan a muchas de estas situaciones.

INJUSTICIA Y CORRUPCIÓN

En la sociedad humana se da un proceso que consta de estos tres pasos: una ceguera culpable a la que el hombre es llevado por su afán de enriquecerse, una maldad cruel derivada de esa ceguera, y un mar de lágrimas que brotan de esa maldad ciega. Clasificaré los textos que siguen según estos tres pasos:

Ceguera

Por afán de lucro muchos pecaron, pues quien pretende enriquecimiento se hace el ciego. Una estaca se clava entre piedras ajustadas, entre comprador y vendedor queda atrapado el pecado (BS 27,1.2).

Difícilmente se libra de injusticia el mercader, el comerciante no quedará libre de pecado (BS 26,29).

Regalos y favores ciegan al sabio: son un bozal que impide los reproches (BS 20,29).

La codicia desmedida quita la vida a su dueño (Pr 1,19).

El soborno le parece piedra mágica a quien lo da: consigue cuanto se propone (Pr 17,8).

No te afanes por enriquecerte, deja de pensar en ello (Pr 23,4).

Maldad e injusticia

El Señor aborrece las balanzas falsas y le gustan las pesas exactas (Pr 11,1).

Pesas desiguales, medidas desiguales, son dos cosas que aborrece el Señor... El Señor aborrece pesas desiguales, no es justa la balanza con trampa (Pr 20,10.23).

No es justo ser parcial: por un pedazo de pan el hombre comete un crimen (Pr 28,21).

Atropellemos al justo que es pobre, no nos apiademos de la viuda ni respetemos las canas venerables del anciano (Sb 2,10).

Los malvados mueven los linderos, roban rebaños y los apacientan; se llevan el asno del huérfano y toman en prenda el buey de la viuda; echan del camino a los pobres, y los miserables tienen que encenderse. Como onagros del desierto salen a su tarea, madrugan para hacer presa, el páramo ofrece alimento a sus crías [...]. Los malvados arrancan del pecho al huérfano y toman en prenda al niño del pobre (Jb 24,2-5.9).

Afilan sus lenguas como espadas y disparan como flechas palabras venenosas, para herir a escondidas al inocente, por sorpresa y sin riesgo. Se animan al delito, calculan cómo esconder trampas, y dicen: ¿quién los descubrirá? Inventan maldades y ocultan sus invenciones porque su mente y su corazón no tienen fondo (Sal 64,4-7).

No es difícil adivinar ahí un cierto proceso de degradación que va desde la trampa y la mentira hasta la crueldad; y, desde esta, se genera una mentira todavía mayor. Por eso, el tono de varios de estos textos desborda ya lo

sapiencial y es más bien profético porque la sabiduría auténtica incluye el buen corazón; y de este, cuando escucha la queja, brota imparablemente la denuncia. Es importante traducir a las condiciones de la economía moderna (hipotecas, alquileres, «mercado» de trabajo, bolsa de valores...) lo que, en el texto bíblico, está descrito según la sociedad de hace más de veinte siglos. Entonces, la crítica sería aún más dura.

En cualquier caso, parece claro que el sabio no cierra los ojos a la injusticia:

Lágrimas

Vi llorar a los oprimidos sin que nadie los consolase, sin que nadie los rescatase del poder de los opresores y considere a los muertos que ya han muerto más dichosos que los vivos que aún viven, y mejor que los dos el que aún no ha existido porque no ha visto las maldades que se cometen bajo el sol... Toda la fatiga y el éxito de las empresas es pura rivalidad entre compañeros (Q 4,1-4).

La miseria es el terror del pobre (Pr 10,15).

«El terror», pero a este *terrorismo* se le persigue poco. En cambio, somos implacables contra los terrorismos que ese primer terror suele generar a veces.

PELIGROS DE LA AMBICIÓN

Si para los libros sapienciales el gran valor humano era la moderación (como vimos en el capítulo 2), la fuente de todas las inhumanidades vistas en los dos capítulos anteriores deberá ser lo contrario de la moderación: la ambición. Y, particularmente, la ambición económica: el dinero es fuente no solo de comodidades materiales, sino además de reconocimiento social.

El que tiene prisa por enriquecerse no quedará impune (Pr 28,20).

Fortuna que comienza muy de prisa, al final no prosperará (Pr 20,21).

Sabe dulce el pan sustraído, pero después se llena la boca de guijos (Pr 20,17).

El que codicia el oro no quedará impune, el que ama el dinero se extraviará en él. Muchos quedaron empeñados por el oro y se entramparon por las perlas pero no les libraron de la desgracia ni les salvaron el día de la cólera [...]. Dichoso el hombre que se conserva íntegro y no se pervierte por la riqueza (BS 31,5-6.8).

El que construye su casa con dinero ajeno recoge piedras para su mausoleo

[...]. El camino de los malvados está pavimentado pero desemboca en lo hondo del Abismo (BS 21,8.10).

No te empeñes en deudas, pues, si no tienes qué devolver, te quitarán la cama de debajo (Pr 22,27).

Quien ama los festejos acabará mendigo, quien ama vino y perfumes no llegará a rico (Pr 21,17).

Sea con el estilo de refrán, tan típico de los Proverbios, como con el más reflexivo del Eclesiástico, las lecciones son muy similares: la codicia, la prisa, el fraude, el endeudamiento avaro, la ostentación y el derroche son (usando una imagen de Jesús) materiales con los que se construye un camino ancho y bien pavimentado, pero que conduce

a la perdición. No se atiende aquí tanto al daño causado al otro como al causado a uno mismo, porque es principio clásico de la sabiduría creyente que, a la larga, el agresor se hace a sí mismo más daño que a la víctima. Desde aquí es perceptible la intuición bíblica que identifica justicia y sabiduría.

Pero la realidad es siempre dual y los peligros están por los dos lados del vivir. Por eso, los sapienciales evocan también los peligros de la inanición y de la pereza que no se pueden confundir con la moderación:

El holgazán no gana su sustento, el diligente abunda en riquezas (Pr 12,27).

Hijo mío, no vivas de limosna, más vale morir que andar mendigando, el que está pendiente de mesa ajena ha de contar que no vive; comida mendigada es deshonrosa y sienta mal al hombre sensato; el hambriento pide con dulzura pero por dentro se requema con fuego (BS 40,28-30).

¿De qué sirve el dinero en manos del necio si no tiene seso para comprar sensatez? (Pr 17,16).

Un rato duermes, un rato descansas y te llega la pobreza del vagabundo, la indignancia del mendigo (Pr 24,33-34).

Lo llamativo es que, por un lado o por el otro, la sabiduría bíblica muestra un claro pesimismo sobre la naturaleza humana:

El corazón de los hombres está lleno de maldad. Mientras viven piensan locuras. Y después ¡a morir! (Q 9,3).

También es llamativo, en claro contraste con los criterios de nuestra sociedad, el que (sin negar ninguno de los dos peligros mencionados) la Biblia pone mucho más acento en el lado de la ambición e injusticia que en el de la pereza, probablemente porque el primero tiene mucha más capacidad de enmascararse en las estructuras, de modo que se confunde con la estructura misma de lo real. El ambicioso puede llegar a creerse que solo busca «crear puestos de trabajo» (nunca dirá puestos de explotación o de esclavitud). Y, cuando el mal ya ha cuajado en estructuras injustas, es fácil argüir eso que tantas veces oímos decir: que «la realidad es así» o que «esto es lo que hay», cuando, en verdad, lo que «es así» no es la realidad, sino la sociedad que hemos construido. Por eso, los libros sapienciales (en armonía con los profetas) tampoco se ahorran una crítica de la estructura social. Es lo que nos queda por ver.

FUNCIONAMIENTOS DE LA SOCIEDAD

Para los libros sapienciales la sociedad está estructurada de manera que favorece a los ricos y maltrata a los pobres. Lo que en un breve refrán pasa rápidamente y se olvida, cobra consistencia por la repetición.

Prepotencia del rico

El rico será señor de los pobres, el deudor será esclavo del acreedor (Pr 22,7).

No pelees con un hombre rico, pagará tu precio y estás perdido; pues el oro ha perturbado a hombres influyentes y la riqueza ha extraviado a nobles [...]. No prestes a uno más fuerte que tú, y si le has prestado dalo por perdido (BS 8.2.12).

En nuestras sociedades avanzadas, la prepotencia ya no es solo de individuos aislados, sino de instituciones. Alguien tan poco sospechoso como

Adam Smith escribió en *La riqueza de las naciones* que «en el choque de intereses la ventaja estará siempre de parte de estos (los ricos) que obligarán a aquellos a someterse a su condiciones» y que esto no puede solucionarse con leyes porque el legislador «toma como consejeros a los amos».⁸ Con ello se enmascara mucho más y se vuelve casi anónima. Se ha hablado muchas veces del diferente comportamiento de los bancos con el dinero que ellos reciben como prestado y con el que ellos otorgan como prestatarios. El banco es un acreedor cruel, pero es un deudor astuto. ¿No estaba eso intuido ya en estos dos refranes bíblicos citados aquí?

Impotencia del pobre

El pobre es odioso aun a sus hermanos, cuánto más se distanciarán de él los amigos (Pr 19,7).

«Más vale maña que fuerza». Pero la maña del pobre se desprecia y nadie le hace caso (Q 9,16).

Y juntando ambos extremos para favorecer más el contraste:

La riqueza procura muchos amigos, al pobre lo abandonan sus amigos (Pr 19,4).

El asno salvaje es presa del león, el pobre es pasto del rico. El soberbio aborrece al humilde, el rico aborrece al indigente. Tropieza un rico y su vecino lo sostiene, tropieza el pobre y su vecino lo empuja; habla el rico y muchos lo aprueban y encuentran elocuente su hablar desmañado; se equivoca el pobre y le dicen: vaya, vaya; habla con acierto y no le hacen caso. Habla el rico y lo escuchan en silencio y ponen por las nubes su talento; habla el pobre y dicen: ¿quién es?, y si cae, encima lo empujan (BS 13,19-23).

Por supuesto, en la naturaleza infrahumana «el pez grande se come al chico». Es el argumento que oímos tantas veces. Pero la cuestión es si, cuando subimos del nivel animal al nivel humano, esa fatalidad natural sigue teniendo vigencia, o si hemos dado un salto cualitativo en la evolución de la naturaleza. En este sentido había dicho Hegel: «Lo humano es que el hombre deje de ser natural». Sin que esto im-

plique, por el otro lado, un maltrato o una falta de respeto a la naturaleza, sino más bien un perfeccionamiento de ella.

La administración de justicia

Esa situación se transmite a otras instancias de la sociedad como la administración de justicia:

Otra cosa vi bajo el sol: en la sede del derecho anida el delito, en el tribunal de la justicia está la iniquidad; y pensé: al justo y al malvado los juzgará Dios (Q 3,16-17).

¿Es verdad poderosos que dais sentencias justas? ¿Qué juzgáis rectamente a los hombres? Al contrario: en el corazón planeáis delitos y en la tierra vuestras manos sospesan violencias (Sal 58,2-3).

Esos dos textos permiten comprender la gran importancia de la separación de poderes (político y legislativo) como un avance claro de las sociedades modernas, aunque siempre queda la duda de si existe la misma separación respecto del poder económico, que es el gran «poder fáctico» de nuestras presuntas democracias.

Al margen de eso, es también normal que los jueces se equivoquen sin querer (*errare humanum est*) y para eso están las instancias de apelación. En cualquier caso, siempre quedará esa sensación de una insuperable limitación de nuestra justicia humana, que nos provoca el anhelo y la pregunta por una Justicia Plena y definitiva.

La autoridad

Desde aquí se percibe cuál debería ser el sentido del poder y de la autoridad en la sociedad:

Que el rey defienda a los humildes del pueblo, socorra a los hijos del pobre y quebrante al explotador... Librará al pobre que clama, al afligido que no tiene protector; se apiadará del humilde e indigente y salvará la vida de sus obras; rescatará su vida de la violencia pues su sangre es preciosa ante sus ojos (Sal 72,4.12-14).

Ese fue el argumento con el que un sector de la Biblia totalmente contrario a la monarquía (como forma de idolatría) acabó justificándola: un poder fuerte solo se justifica como defensor de los más indefensos de la sociedad (traduciendo así la imagen bíblica de Dios). A veces le oímos a alguno de nuestros gobernantes eso de que «quiero ser el presidente (o el rey) de todos». Bien está, pero aún habría que añadir: «Y sobre todo de los más maltratados». Aunque me temo que el gobernante que se atreviera a decir eso perdería las siguientes elecciones... «El éxito de las empresas es la rivalidad entre compañeros» (Q 4,4). Ojalá lo entendieran todos los adoradores del mercado.

Dos apéndices actuales: las migraciones y la usura

Sobre las migraciones

Hubo quien negó hospitalidad a unos visitantes desconocidos; otros escl-

vizaron a unos emigrantes que les hacían buenos oficios. ¿Qué castigo no les tocará a aquellos por haber recibido hostilmente a los extranjeros? Pero los otros, después de agasajarlos a su llegada, cuando tenían ya los mismos derechos, los maltrataron con trabajos inhumanos» (Sb 19,14-16).

Sobre la usura

El que aumenta sus riquezas prestando a usura acumula para el que se complace de los pobres (Pr 28,8).

La fianza ha arruinado a muchos ricos y los ha sacudido como a olas del mar, dejó sin casa hombres adinerados que tuvieron que emigrar al extranjero. El pecador que cayó en fianzas por afán de lucro se enredará en pleitos. (BS 29,17-19).

No me parece exagerado decir que el primer texto debería leerse hoy con frecuencia en muchas liturgias cristianas, en vez de limitarnos a textos preestablecidos de antemano, que pueden ser una ayuda o una pauta, pero nunca una interpelación seria. En cuanto al segundo, aunque el tema es más complejo, vale la pena saber que al menos ya era sospechoso entonces: el dinero no es un medio para ganar más dinero. Y pensar así es inmoral.⁹

También, como hemos visto en capítulos anteriores, la Biblia reconoce que, junto a la acción humana, nunca falta el factor de la imprevisibilidad de lo real, que solemos calificar como suerte y al que nosotros solemos echar la culpa de todo. Ese factor existe, pero de ningún modo justifica nuestros pecados:

Hay quien trabaja y suda y corre, y con todo llega tarde. Otro es pobre y vagabundo, falto de todo y sobrado de miseria, pero el Señor se fija en él para bien, lo levanta de la basura y le hace levantar la cabeza (BS 11,12).

En la tierra sucede otra vanidad: hay honrados a quienes toca la suerte de

los malvados, mientras que a los malvados les toca la suerte de los honrados (Q 8,14).

El pesimismo del Eclesiastés da como universal la segunda parte: a los malvados les va bien siempre, mientras que a los honrados no siempre. Por eso ha de concluir que «también eso es vanidad».

ELOGIO DE LA CARIDAD

La visión del sabio descubre un contraste entre el ser de Dios y la calidad humana por un lado; y, por el otro, la idolatría de la riqueza que lleva a la ambición, la corrupción y la falsificación de la comunidad humana que ha confundido la libertad con la esclavitud del ego y el amor con el egoísmo tribal. En ese contexto brota el imperativo ético que, como dirá luego san Pablo, se recapitula todo en el amor (cfr. Rom 13,9-10).

Dichoso el que comprende eso del pobre y desvalido: en el día aciago lo pondrá a salvo el Señor (Sal 41,2).

Enunciado a modo de obertura musical, este principio resume toda la enseñanza y toda la «melodía bíblica». Conviene aclarar, no obstante, que la habitual traducción castellana (‘cuidar’) de ese salmo se queda corta. El verbo hebreo *sql* tiene el sentido de que «cuida porque ha comprendido con su cabeza todo lo que significa la existencia de pobres y necesitados».¹⁰ Desde este anuncio de dicha, son evidentes textos como los que siguen:

El generoso será bendecido porque repartió su pan con el pobre (Pr 22,9).

El que da al pobre no pasará necesidad; el que se desentende se llenará de maldiciones (Pr 28,27).

Pero como ha ocurrido antes, la crisis surge. Job se encontrará con que él, que había cuidado del pobre, no se ve protegido por el Señor:

Yo libraba al pobre que pedía socorro y al huérfano e indefenso; recibía la bendición del vagabundo y alegraba el corazón de la viuda; me vestía y reves-

tía de justicia, el derecho era mi manto y mi turbante. Yo era ojos para el ciego y pies para el cojo, era padre de los pobres y examinaba la causa del desconocido. Le rompía la mandíbula al inicuo para arrancarle la presa de los dientes (Jb 29,12-17).

No obstante, a pesar de la experiencia de Job, la fe es más fuerte y la Biblia se despliega en una serie de imperativos que invitan a poner en práctica ese cuidado comprensivo del pobre y desvalido:

No niegues un favor a quien lo necesita si está en tu mano hacerlo. Si tienes no digas al prójimo: vuelve mañana y te daré (Pr 3,27.28).

No desprecies al hombre atribulado; recuerda que hay quien levanta y derrriba [...]. No maltrates al servidor cumplidor ni al obrero que se dedica a su oficio, ama al siervo hábil como a ti mismo y no te niegues la libertad (BS 7,11.20-21).

Hijo mío, no te burles de la vida del afligido, no deprimas al que sufre amargamente, no le gruñas al necesitado ni te escondas del que está en la miseria, no exasperes al que se siente abatido, ni retengas la limosna al necesitado, no te niegues al que suplica ni apartes tu rostro del pobre; no apartes tu mirada del necesitado ni le des ocasión de maldecirte: si en la amargura de su dolor clama contra ti su Hacedor escuchará su clamor [...] Haz caso del pobre y responde a su saludo con llaneza, libra al oprimido del opresor y no te repugne hacer justicia (BS 4,1-9).

Vale la pena destacar que no se trata solo de dar, sino de *tratar humanamente bien* (sin burlarse ni gruñir), y sobre todo de *no perder el contacto* con el pobre: no apartar de él nuestro rostro. Sin esa experiencia del trato inmediato, muchas «caridades» se convierten en faltas de amor que solo pretenden que les dejen tranquilos. Por eso añade el sabio:

Hijo mío, cuando hagas un favor no reprendas, ni ofendas con las palabras cuando haces limosna [...]. Las palabras valen más que el don (BS 18,15-16).

Si tienes un solo siervo trátalo como a ti mismo, pues lo has comprado a precio de sangre; si tienes un solo siervo considéralo hermano, no tengas celos de tu propia sangre (BS 33,31).

Es llamativo que ese modo de tratar al esclavo se promueva en una era histórica que consideraba la esclavitud (incluido Aristóteles) como «conforme con la naturaleza». Aquí se anticipa ya la carta de Pablo a Filemón y la intuición humanista del esclavo como «hermano en la carne» porque es «hermano en el Señor», que acabará aboliendo la esclavitud.

Y añadamos otra vez dos pinceladas realistas: la primera es que, aunque el sabio a la hora de exhortar se dirige a todos, a la hora de enunciar sabe que en este campo la mujer es muy superior al varón:

(La mujer hacendosa) abre sus palmas al necesitado y extiende sus manos al pobre (Pr 31,20).

La segunda es que ni la caridad debe llevar a la ruina propia (salvo casos de

heroísmos particulares y admirables) ni debe desconocer que el pobre también puede estar tentado de abusar de la caridad. Por eso era tan importante «conocerlo», para no hacer de esta posibilidad concreta un principio general que ya nos dispensa de toda atención al necesitado:

Ayuda a tu prójimo según tus posibilidades pero ten cuidado de no arruinarte (BS 29,20).

Presta a tu prójimo cuando lo necesite y paga pronto lo que debes al prójimo (BS 29,2).

Y todo eso se dice sabiendo que:

Muchos tomaron un préstamo como un hallazgo y perjudicaron al que les prestó: hasta conseguirlo le besan las manos, ante las riquezas del prójimo humillan la voz, a la hora de devolver dan largas, echan la culpa a las circunstancias y piden una prórroga. Importunando apenas recobrará la mitad y lo considerará buena suerte; en otro caso se quedará sin dinero y se habrá ganado un enemigo de balde que le pagará con maldiciones e insultos, con injurias en vez de honor. Muchos se retraen no por su maldad sino temiendo que lo desprecien sin razón (BS 29,4.7).

Pero, a pesar de esa pincelada realista, el sabio añade:

Con todo, ten paciencia con el pobre y no le des largas en la limosna; por amor a la ley recibe al pobre y en su indigencia no le despidas de vacío; pierde tu dinero por el hermano y el prójimo, no dejes que se oxide bajo una piedra; invierte tu tesoro según el mandato del Altísimo y te producirá más que el oro; guarda limosnas en tu despensa y ellas te librarán de todo mal [...] (BS 29,8.12).

Una última observación lingüística: para nuestra comprensión, conviene recordar que caridad es el amor gratuito al otro por el hecho de ser hombre; no una tacaña atención al necesitado para que nos deje en paz (que es como tendemos a entenderla, desgraciadamente). Si se entiende en ese significado original, deberemos decir que, por ejemplo, la llamada «renta básica» (y la justicia en general) es un imperativo de la caridad y no una medida superior a esta. Pero ya sabemos cómo degeneran todos los lenguajes. Desde aquí podemos terminar con un texto tan decisivo como sintético y creyente:

La misericordia no perece jamás, la limosna dura para siempre (BS 40,17).

CONCLUSIONES: HUMANIDAD AUTÉNTICA

Una última frase bíblica puede servirnos como resumen de este breve estudio: «La sabiduría es maestra de templanza y prudencia, de justicia y fortaleza» (Sb 5,7). Ahí está prácticamente todo lo que hemos querido exponer.

Y, de esa sencilla frase, vale la pena destacar dos cuestiones. En primer lugar, esas cuatro enseñanzas de la sabiduría coinciden con aquello que los antiguos catecismos calificaban como «virtudes cardinales» (contraponiéndolas a las virtudes «teologales»: fe, esperanza y caridad, cuyo objeto y cuyo autor es Dios). El adjetivo *cardinales* es un modelo de la opacidad de tanto lenguaje eclesial. Sabiendo que *cardo* en latín significa algo así como núcleo o eje estructurador, se comprende la intención de afirmar que esas cuatro virtudes «cardinales» son las configuradoras de lo humano, como los cuatro «puntos cardinales» configuran la totalidad de lo real. Podríamos haberlas traducido simplemente como virtudes humanizadoras.

Además, esas cuatro virtudes se enuncian en dos parejas contrapuestas,

siguiendo las alusiones a la dualidad de lo real que tantas veces han aparecido en nuestra exposición. La justicia es la gran virtud humana, pero debe ser prudente, y prudente no significa cobarde, sino inteligente.¹¹ La fortaleza es la otra gran virtud humana, pero debe ser temperada o moderada: no agresiva ni orgullosa.

Desde la «Sabiduría Divina» hemos venido a dar así en la sabiduría humana (lo que justificará el apéndice que añadiré a este cuaderno). Pero antes concretemos un poco más esa humanidad auténtica.

Predisposiciones y prejuicios

A lo largo del cuaderno ha aparecido bastantes veces esa bipolaridad de lo real, tan humana y tan nuestra. Pues

bien, la sabiduría bíblica nos va a sugerir una forma de abordarla muy distinta de la nuestra habitual.

Como los humanos solo conocemos por la abstracción que compara y universaliza,¹² nuestro conocimiento tiene una tendencia inevitable a absolutizar uno solo de esos dos polos de lo real; y nuestro egocentrismo tiende inconscientemente a universalizar el aspecto que más nos favorece. Mucho más en una época como la actual, tan alérgica a los matices.

Así, se dan casos en que «el pobre es un holgazán» y otros en que «el pobre es un oprimido», pero nuestra ceguera humana constitutiva tiende a generalizar el primer caso y a darle mucha más publicidad para que parezca único, lo cual nos permite quedarnos tranquilos. Esa es casi toda la sabiduría del neoliberalismo económico. La sabiduría divina, por el contrario, consiste en generalizar el polo más débil, aunque no olvide el otro.

Una palabra sobre el mundo y la historia

Desde esta óptica, surge como conclusión de todo este cuaderno que aquello que Ignacio Ellacuría calificó como «civilización de la pobreza» (que debemos reformular como una civilización de la sobriedad compartida) y que él presentaba como la única solución para este planeta y para nuestra historia, no es una desmesura profética exagerada ni tampoco una acusación clerical moralista, es simplemente una gran verdad de sabiduría elemental que nos invita a escoger entre la vida y la muerte; aunque ello implique, por ejemplo,

que los ricos han de ser mucho menos ricos porque esa es la única manera de salvar a la humanidad, al planeta y a los mismos ricos. La dramática amenaza ecológica ha puesto ya de relieve que la propuesta de que «todos lleguen a ser ricos» es absolutamente suicida e inviable. Y pretender que «la ciencia ya encontrará alguna solución» para esa imposibilidad es solo una superstición irresponsable.

Una palabra para cristianos

La tarea propuesta puede parecer utópica e ilusa, pero ya un viejo hexámetro latino afirmaba que la gota horada la piedra no por la fuerza, sino por la constancia.¹³ Cuando se abraza desde la fe esa sabiduría divina que parece necedad humana es muy importante un par de cualidades que también destaca la carta a los hebreos cuando comienza a hablar de la vida de cada día: valentía y perseverancia (*parrêsia e hypomonê*).

Desde muy antiguo, tanto la Biblia como las religiones orientales aprendieron que la verdadera sabiduría no reside en la cantidad de lo que se ve, sino en la calidad con la que se mira. Lo que vemos no depende solo de la realidad exterior a nosotros, sino también de nuestro modo de mirar y del lugar desde el que miramos.

Pues bien, en las mejores plegarias de la liturgia cristiana (que son las oraciones al Espíritu Santo), encontramos una distinción que me parece significativa: cuando se invoca al Espíritu como Santo, se le pide que «encienda nuestros corazones con el fuego de su amor». Lógico, pero hay otra plegaria

que invoca al Espíritu como Creador y entonces (aunque también terminará en el corazón) pide antes que «visite nuestra mentalidad», nuestra manera de abrirnos a lo real. Esa visita de nuestras «mentes» (y lo de *visita* quiere decir que no se trata de una posesión nuestra, sino más bien de un regalo)¹⁴ tiene como finalidad limpiarlas de toda mancha o adherencia que pueda empañar los ojos de nuestra alma, y situarlas en la auténtica postura desde la que se ve correctamente, porque hay errores

de paralaje no solo en el campo físico (más fáciles de reconocer), sino también en el campo psíquico y afectivo: según desde donde miremos, veremos siempre mal.

Solo mirando con ojos limpios y desde el lugar adecuado —mirando bien— podremos encontrar la verdadera sabiduría. Por ello, esa sabiduría no es fruto solo del esfuerzo humano, sino de esa Gracia que se alcanza a través de la oración (o, al menos, de la meditación).

APÉNDICE: SABIDURÍA HUMANA

Nada hay más humano que lo verdaderamente divino. Por eso dicen los cristianos que todo lo cristiano es humano. Y si no parece así, habrá que investigar quién se equivoca: si el creyente al declarar lo que es cristiano o el no creyente al definir lo que es verdaderamente humano. Las dos cosas son posibles. Precisamente por eso y para que el mensaje bíblico antes expuesto no genere falsas resistencias, ofreceré en este apéndice una mínima antología de textos no religiosos, pero llenos de sabiduría humana, que pueden confirmar lo expuesto en este Cuaderno, desde el mero recurso a una auténtica experiencia humana y social. Son solo unos pocos ejemplos que podrían alargarse:

1. De todas las instituciones humanas, ninguna ha hecho tanto daño a los hombres como el dinero. Él devasta las ciudades, echa a los hombres de sus hogares, él seduce a las almas virtuosas y las incita a acciones innobles. El dinero es el que, en todas las épocas, ha hecho cometer a los hombres todas las perfidias y les enseñó la práctica de todas las impiedades. (Sófocles, *Antígona*, acto I)
2. Cándido: tus tierras son solo tuyas, tus monedas todas tuyas,

Tus vasijas y tu oro son solo tuyos...
Tu corazón solo tuyo, solo tuyo es tu talento.
Todo lo tienes tú solo, Cándido no te lo niego.
Pero tu esposa es lo único que compartes con el pueblo.
(Marcial, *Epigramas*, III, 26)¹⁵
3. Hambre sagrada del oro: ¡a qué cosas obligas a los mortales! (*Auri sacra fames, quid non mortalia pectora cogis...*: Virgilio, *Eneida III*, 56)

Salgamos de la sabiduría clásica y asomémonos un momento a la sabiduría de Oriente:

4. Si llenas tu casa de oro y jade no podrás protegerla continuamente. Si acumulas riqueza y honores solo cosecharás calamidades (9). Los objetos preciosos tientan al hombre a hacer el mal (12).

Acumular demasiados bienes te acarreará cuantiosas pérdidas (44). No hay mayor calamidad que no saber cuándo es suficiente. No hay mayor defecto que la codicia. Solo quien sabe cuándo es suficiente tendrá siempre bastante (46).

Llevan ropas lujosas..., se hartan de comida y bebida, ¡poseen más riquezas de las que pueden disfrutar! Son los heraldos del latrocinio (53). El sabio no toma nada para acaparar. Cuanto más vive para los demás, más plena es su vida (81).

(Lao Tsé, *Tao Te King*)

Y del Oriente pasemos a nuestra civilización occidental:

5. Hace mucho el dinero, mucho se le ha de amar / al torpe hace discreto y hombre de respetar / Hace correr al cojo y al mudo le hace hablar / y quien no tiene manos bien lo quiere tomar.

También al hombre necio y rudo labrador / dineros le convierten en hidalgo doctor. / Cuanto más rico es uno más grande es su valor, / quien no tiene dinero no es de sí señor/.

Y si tienes dinero tendrás consolación / placeres y alegrías y del papa ración/ comprarás paraíso, ga-

narás salvación: / donde hay mucho dinero hay mucha bendición.

Él crea los priores, los obispos, abades / arzobispos, doctores, patriarcas, potestades / a los clérigos necios da muchas dignidades, / de verdad hace mentiras, de mentiras verdades.

Él hace muchos clérigos y muchos ordenados, / muchos monjes y monjas, religiosos sagrados, / el dinero les da por bien examinados, / a los pobres les dice que no son ilustrados.

He visto a muchos curas en sus predicaciones / despreciar al dinero, también sus tentaciones. / Pero al fin por dinero otorgan los perdones / absuelven los ayunos y ofrecen oraciones.

Dicen frailes y clérigos que aman a Dios servir / mas si huelen que el rico está para morir / y oyen que su dinero empieza a retiñir, / por quién ha de cogerlo empiezan a reñir.

En resumen lo digo, enténdelo mejor: / el dinero es del mundo el gran agitador / hace señor al siervo y siervo hace al señor. / Toda cosa del siglo se hace por su amor.

(Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, 490-527).

6. Mejor sueño duerme el pobre que no el que tiene que guardar con solicitud lo que con trabajo ganó y con dolor ha de dejar. Mi amigo no será simulado y el del rico sí. Yo soy querido por mi persona, el rico por su hacienda. Nunca oye verdad, todos le hablan lisonjas a sabor de su paladar... Las riquezas no hacen rico, mas ocupado; no hacen señor

sino mayordomo. Más son los poseídos de las riquezas que no los que las poseen. A muchos trajo la muerte, a todos quita el placer; y a las buenas costumbres ninguna cosa es más contraria...

[Sus hijos y nietos] no rezan otra oración sino rogar a Dios que lo saque de en medio de ellos; no ven la hora de tener a él so la tierra y lo suyo entre sus manos, y darle a poca costa morada para siempre.

(*Celestina*, acto IV, habla Celestina).

7. Que sobre dinero no hay amistad (*Ibid.* Acto 12, p. 199; aquí habla Pármeno).

Adquiriendo crece la codicia, y la pobreza codiciando; ninguna cosa hace pobre al avariento sino la riqueza. ¡Oh Dios, y cómo crece la necesidad con la abundancia! (*Ibid.*, p. 202. Aquí habla Sempronio).

Aquel metal que mientras más hablemos de ello más sed nos pone, con sacrilega hambre (Acto XV, p. 226. Aquí habla Elicia).

(Nota: Estos tres textos sirven en la obra para mostrar cómo Celestina, cuando Calisto la enriquece, cae en lo mismo que había criticado y cambia su anterior modo de pensar).

8. La mayoría de los hombres pasa la vida sin probar la pobreza.¹⁶

La igualdad es la pieza fundamental de la justicia.

El afán de riquezas se aviva más con el uso que con la carencia y la virtud de la moderación es más rara que la de la resistencia.

(Montaigne, *Los Ensayos*, Barcelona, 2007, 86, 104, 971).

9. Cuando la acumulación no tenga tanta importancia social [...] podremos librarnos de muchos de los principios pseudomorales que hemos tenido sobre nosotros por doscientos años [...]. El amor al dinero como posesión [...]. Será reconocido como lo que realmente es: algo morboso y desagradable [...]. Es una de esas inclinaciones semipatológicas que se ponen en manos de especialistas en enfermedades mentales [...]. Que la avaricia es un vicio, que la práctica de la usura es un delito y el amor al dinero algo detestable.

J. M. Keynes, *Economic possibilities for our grandchildren* (1930).

NB. Cito este último texto, tan contrario a los anteriores porque merece un comentario parecido al cambio de Celestina aludido antes en el texto 7.

Keynes reconoce claramente que estamos rigiéndonos por principios «pseudomorales» y creía (en 1930) que aún necesitábamos hacer lo mismo durante cien años más y luego el mundo estaría tan desarrollado que ya podríamos volver a la moral. Igual que Marx, esperaba que realizado «el paraíso» (capitalista para Keynes) cambiarían los hombres. Si Marx contaba con una dictadura provisional del proletariado, Keynes contaba también con otra dictadura, también provisional, del capital... Pero ni el paraíso se realiza (porque siempre queremos más) ni los hombres cambian solo porque esteamos mejor económicamente.

No es cuestión de enseñarse ahora con alguien que tuvo, por otro lado, tantos méritos. Pero, si Horacio decía en su Epístola a los pisoneros que, a veces, «hasta el bueno de Homero se duerme», bien podemos añadir que,

cuando está de por medio del dinero, «hasta ronca el bueno de Keynes». Y agradecerle que, gracias a este sueño, nadie ha puesto tan de relieve la profunda inmoralidad de nuestro sistema: no es transitoria sino constitutiva.¹⁷

1. Para la mentalidad bíblica, la veracidad no es una conducta posterior a la verdad, sino que forma parte del acceso a ella: solo alcanzaré la verdad si me acerco a ella con una actitud auténtica. A lo real no se accede solo «viéndolo», sino «sabiendo mirarlo». Por eso, el *emeth* se traduce también, a veces, como ‘fidelidad’.
2. Cfr. GONZÁLEZ FAUS, J.I. (2018). *El silencio y el grito. El budismo y los profetas de Israel*. Barcelona: Cristianisme i Justícia, cuaderno n. 208.
3. Recuérdate el contraste entre dos enseñanzas bíblicas que ya cité en otra ocasión: «No le respondas al necio porque es como ponerte a su altura». Y poco después: «Contéstale al necio porque si no creerá que le das la razón».
4. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA (2020). *Qué es el hombre. Un itinerario de antropología bíblica*, Madrid: BAC, p. 327.
5. No obstante, no incluiré todas las citas de los salmos porque serían interminables y repetitivas.
6. A este fragmento del Eclesiástico se atribuye la conversión de Las Casas.
7. Esa idea de la tentación que supone para el creyente la prosperidad de los impíos se repite constantemente en la oración de los salmos. Más que acumular citas, quizá valga la pena evocar una escena reciente de nuestra vida política: hace pocos años, los MCS reprodujeron una conversación grabada secretamente entre dos corruptos que planeaban un golpe para el que necesitaban un determinado cómplice. Uno de ellos preguntaba: «Pero ¿tú crees que aceptará?». Y la respuesta era: «¡Hombre! No será un gilipollas». Donde la honradez equivale a estupidez, la tentación resulta mucho mayor.
8. Ver a cita más contextualizada en GONZÁLEZ FAUS, José I (2015). *Utopía y espiritualidad*, Bilbao: Mensajero, p. 171..
9. Para un estudio más amplio, remito al capítulo 3 de la segunda parte de *¿Apocalipsis hoy?* Santander, 2019. Ese capítulo se titula: «Usura pura y dura (¿eso es el interés?)».
10. De ahí la traducción de san Jerónimo: *beatus qui intelligit de egeno et paupere*.
11. Así la entiende santo Tomás, para quien la prudencia no es cobardía, sino capacidad de medir la aptitud de los medios para conseguir el fin que se pretende (Cfr. 2ª 2ae, q. 47, art. 6 y 7). Tomás no las llama *virtutes cardinales*, sino *virtutes morales*, y dice que su fin es «el bien humano». Deriva la palabra *prudencia* de *providencia* y la describe como ‘capacidad de ver desde lejos’ (cfr. q 49).
12. *Individuum est ineffabile*, decían los clásicos.
13. *Gutta cavat lapidem non vi sed saepe cadendo*. También un precioso párrafo del Tao Te King contiene un elogio de esa fecundidad del agua, pese a su debilidad.
14. De hecho, en otra de esas plegarias se llama al Espíritu «*huésped* del alma».
15. *Praedia solus habes, et solus Candide nummos/Aurea solus habes, mussina solus habes/Massica solus habes et opimi caecuba solus/Et cor solus habes, solus et ingenium./Omnia solus habes nec me, puta, velle negare./Uxorem sed habes, Candide, cum populo*.
16. En el siglo xvii, no hoy.
17. Véase una cita más larga (con comentario) del texto de Keynes en *¿El capital contra el siglo xxi? Comentario teológico al libro de Thomas Piketty*. Santander, 2015, pp. 210-21.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. Sobre la distinción entre sapiencial y profético: ¿cuál sería el trazo fundamental que los distingue? Poner algún ejemplo de nuestra vida cotidiana.
2. Señale cada uno los tres textos que más le han impactado: ¿por qué?
3. Buscar algunos ejemplos modernos de esa sabiduría bíblica en nuestra vida cotidiana: en la convivencia, en la amistad, en la política, en el deporte...
4. Señalar alguna figura de ricos modernos a los que les cuadren las descripciones bíblicas
5. Prescindiendo de las citas bíblicas, poner juntos los subtítulos de cada capítulo: ¿estás de acuerdo con la doctrina que sugieren?
6. A la luz de la doctrina de este cuaderno ¿cómo podría parafrasearse el dicho de Jesús «es imposible servir a Dios y al Dinero»?

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Agrupa un equipo de voluntariado intelectual que tiene por objetivo promover la reflexión social y teológica para contribuir a la transformación de las estructuras sociales y eclesiales. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús.

Cuadernos CJ

Últimos títulos

- 220. *¿Por qué Haití?* P. Farràs
- 221. *El shock pandémico*. O. Mateos
- 222. *Pasión, muerte y resurrección de los derechos humanos*. J. Ordóñez
- 223. *Luz y sombras*. J. I. González Faus
- 224. *La verdad secuestrada*. J. García del Muro, F. J. Vitoria y S. Herrera
- 225. *El coronavirus: espejo de creencias*. Josep F. Mària
- 226. *Recuperar los bienes comunes, reivindicar el buen vivir*. J. Carrera y D. Murillo
- 227. *Sabiduría divina*. J. I. González Faus

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ. Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
93 317 23 38 • info@fespinal.com
www.cristianismejusticia.net

También puede descargarlos en:
www.cristianismejusticia.net/es/cuadernos

